

D I S C U R S O

por Arturo Aldunate Phillips

A medida que transcurren los años y va madurando en nosotros el fruto de la vida, parece que el camino sobre el cual avanzamos, ascendiera. Ya en la plenitud, el horizonte se hace más amplio, la atmósfera más diáfana; y al regularizarse el ritmo de nuestra sangre, una cierta serenidad para apreciar los títulos humanos se hace presente.

Abajo, en el valle, donde se aglomera la juventud, los valores se ven alterados por falta de perspectiva. Al borde del bosque, el árbol más cercano parece el gigante; la distancia que separa del objetivo apetecido semeja la más dilatada. En cambio la pequeña flor escondida, el fruto denso y maduro, la estrella que parpadea sobre el monte, pasan desapercibidos para el agitado y joven viandante que corre tras la alimaña o busca la luz quemante del sol.

La vida nos va diciendo, cada día con razones más claras y precisas, que no son los hombres fuertes y altaneros, que no es la riqueza y el poderío los que dan durable jerarquía.

La bondad, la modestia, el sentido de justicia, la estatura espiritual, la sinceridad y la lealtad y tantas otras condiciones empiezan a mostrarnos sus verdaderas proporciones y sus nobles propicias.

Es difícil que la juventud lo comprenda; y aun dudoso que, ante nuestra afirmación, lo crea. ¡Qué singular es la bondad inteligente! ¡Qué gran aliento moral y qué reciedumbre se necesitan para menospreciar la riqueza frente a la verdad; para posponer el poder y la fuerza al cumplimiento de los principios! ¡Cómo son demostración de robustez del alma y de humana elevación, la generosidad y la tolerancia a que obligan la amistad y el verdadero amor! ¡Cómo es de árdua la largueza ejercida más allá de lo supérfluo!

¡Cómo en esta empresa de perfeccionamiento, en esta aventura del espíritu en busca de la evolución hacia la dignificación

del hombre, valen más la renuncia que el saciamento, más el anhelo que la ambición!

Y vienen a nuestra mente estas reflexiones frente a las blancas carillas en que hemos de dar forma al homenaje que la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, nos ha encargado rendir, en su nombre, al varón singular que fuera don Ignacio Domeyko.

Esta casa centenaria, esta vieja Universidad que, como luminosa atalaya, ha marcado el progreso cultural de Chile, sabe que su principal misión se cumple cuando orienta a la juventud, cuando le da un sentido a su esfuerzo y a sus inquietudes. Y para ello levanta sus propios valores, muestra como ejemplos señeros a aquellos que han construido su prestigio.

Don Ignacio Domeyko nos proporciona magnífica oportunidad para destacar esos auténticos valores humanos a que acabamos de referirnos, esas condiciones de modesta o menguada apariencia, pero de profundo significado y proyecciones en el campo de la cultura y del espíritu.

Como casi todos en Chile, sólo conocíamos del ilustre sabio polaco su producción científica, su actividad de maestro y su notable influencia en el perfeccionamiento de nuestra profesión de ingeniero. Únicamente al rebuscar en libros, apuntes y cronologías; al recibir de sus descendientes el vivo recuerdo que guarda la tradición familiar, empezó a surgir ante nuestros ojos su magnífica silueta de hombre en toda su integridad.

Un buen presagio, una primera pequeña alegría, se cruzó en nuestros pasos iniciales de investigación.

El año 1835 era Intendente de Coquimbo el General don José Santiago Aldunate, nuestro bisabuelo paterno, quien, como dice don Miguel Luis Amunátegui, "era hombre que se había educado en los campamentos combatiendo por la libertad de la patria; pero que aún cuando no había frecuentado las aulas, era uno de los más celosos propulsores de la instrucción pública".

Y fué él quien concibió la idea de fundar en el Colegio de La Serena una clase de Química y Mineralogía, para dar a la industria minera de la provincia la dirección científica que necesitaba. Aprobado su proyecto por el Gobierno, obtuvo de un amigo

suyo que se encargara de contratar en Europa al profesor requerido.

Y quiso la suerte de Chile que un joven polaco nacido en Lituania, educado científicamente en la Universidad de Vilna y criado en un medio de especial cultura y de alta moral, se encontrara estudiando en París, después de haber vivido las viscosidades de la guerra de rebeldía de su patria, sofocada a sangre y fuego.

Después de sufrir en carne propia prisión y tiranía, huyendo sin familia ni fortuna, traía marcada su alma por el dolor de la injusticia. Ya la vida le había adelantado la dura y fructuosa experiencia de la derrota y le había hecho ver, cara a cara, el gesto cruel y despectivo de los poderosos.

Así, el viaje al lejano y desconocido Chile, en calidad de profesor, le pareció magnífica oportunidad para serenar su espíritu y reconstruir su quebrantada fe en los hombres.

El contrato ofrecido fijaba un sueldo modesto y la obligación de servir las clases por seis años forzosos.

Aquí, en su primer contacto con nosotros, su personalidad se hizo presente. El sueldo no merecía ser discutido porque, como escribiera más tarde: "La principal ventaja que ofrece un empleo de profesor pagado por el Estado, consiste en que los hombres que se dedican a las ciencias, tienen asegurado para toda la vida el sosiego que no es de conseguir en medio de los negocios públicos; la principal recompensa que ellos deberían reclamar sería un cierto respeto de parte de sus conciudadanos y un contento interior de haber servido e ilustrado a su patria".

Y siempre en ese tono de profunda inspiración moral y espiritual, continúa —y reproduzco sus palabras porque son saludables en estas horas turbias y desapacibles que estamos viviendo—: "Difícilmente la ley puede determinar las funciones y deberes de un empleo en la carrera docente; todo en él depende del celo y del amor más exaltado a la humanidad y a la ilustración. El que tiene estas cualidades, no necesita ni honores ni sueldos muy elevados; el que no las tiene de balde llevará sueldo".

El sueldo no le mereció, pues, observación; pero la obligación forzosa de seis años de contrato, sí. El esperaba que su patria levantaría una vez más su cabeza para ser libre, y no quería faltar

en el momento de la lucha. Sólo cuando se le dió la seguridad de que en tal caso el Gobierno de Chile lo desligaría de su compromiso, aceptó el cargo.

Así, en dos actitudes simples, el sabio y todavía joven maestro había registrado la escala de su vigor moral.

Llegado a Chile, desde sus primeros pasos pudo advertirse su celo, su entusiasmo, su devoción por la ciencia y la enseñanza. Alimentada su acción por una fe religiosa profunda y sincera, por una insaciable admiración por la naturaleza, había de convertir muy luego su profesión en apostolado.

Construyó y organizó personalmente su escuela; llevó sus clases mucho más allá de la obligación de los horarios, prestando afectuosa ayuda a sus alumnos en sus estudios e investigaciones; aprovechó sus días libres y vacaciones para recorrer las montañas y los territorios de Chile escudriñando en ellos con su curiosidad de sabio y artista. Y de este modo, un entrañable amor a su segunda patria fué dando aún más fuerza y entusiasmo a su incansable labor, cuyas proyecciones se extendieron muy pronto más allá de la provincia, para llegar hasta el centro mismo de la educación de Chile.

Sin espectaculares decisiones, una profunda alteración se fué produciendo en nuestra educación, más que todo como consecuencia de la introducción en ella, desde la llegada del nuevo profesor de las Ciencias Físicas y Matemáticas.

Ocho años después de iniciados sus trabajos, escribía en "El Araucano" (4 de diciembre de 1846):

"Nadie desconoce que con el progreso de la educación y de la industria en Chile, se aumenta cada día más el amor a las ciencias. Creo que ya pasó el tiempo en que el estudio del latín y de las leyes gozaba de un privilegio exclusivo para toda clase de consideraciones literarias, y no quería hermanarse con los demás ramos de actividad intelectual del siglo. Muy triste papel hacía entonces el nombre de Química, y no le llevaban ventaja alguna ni las matemáticas, equivocadas con el oficio de tenedor de libros y de agrimensores, ni la botánica con el de jardineros y boticarios, ni la física con el de mágicos, ni, en fin, la zoología, la astronomía, etc., consideradas como estudios inoficiosos, capaces de fastidiar o alarmar la conciencia. Emancipado de aquella pre-

ocupación, el genio de la juventud se pliega hoy a la tendencia general de la época, busca alimento igualmente en todo lo bello y elevado, trata de instruirse en todo lo que constituye el verdadero tesoro de la humanidad”.

Muchas reflexiones nos sugieren estos pensamientos de Domeyko, en relación con los problemas educacionales de nuestros días, pero nos limitaremos a hacer resaltar cómo la presencia y acción de un hombre espiritualmente fuerte, había producido tan notable cambio, y como él no pretendía ni se imaginaba ser su causa.

Por fortuna, contra lo que ocurre generalmente, el estudioso profesor, humanista e investigador, empezó muy pronto a recibir la recompensa por sus desvelos, más allá de su personal e íntimo goce.

El Intendente de la provincia primero, el Ministro de Instrucción Pública don Manuel Montt, después; más tarde don Andrés Bello y don Antonio Varas, desde sus distintas jerarquías políticas o universitarias, fueron reconociendo públicamente los altos merecimientos y el alcance de la obra de don Ignacio Domeyko.

Por otra parte, diversas publicaciones suyas en Europa habían dado a conocer su nombre de hombre de ciencia y sus notables investigaciones y trabajos. El nautilus Domeykus, nueva especie de fósil; la viola Domeykana, especie de violeta descubierta en Chile por Gay; el Domeykit, arseniuro de cobre encontrado por primera vez en los Andes y muchos otros, son nombres que demuestran el respeto que el sabio polaco había adquirido en el mundo científico.

Y poco a poco, a medida que conocía nuestros territorios y se acercaba a sus gentes, fué aprendiendo a querer a Chile. Sus desiertos, sus montañas, la claridad de sus cielos, la oscura sobriedad de sus bosques, la extraña terquedad y fatalismo de su pueblo, fueron conquistándolo y adentrándose en su sangre y en su corazón. Además, una graciosa chilena había quebrado sus propósitos de ascetismo y le había creado el calor de un hogar.

Su Memoria sobre el modo más conveniente de reformar la instrucción pública en Chile, dió oportunidad para una amplia y pública discusión de uno de los problemas que más le preocu-

paron. Don Antonio Varas, entonces Rector del Instituto Nacional, quien, en muchos aspectos participaba de las ideas expuestas por Domeyko, hizo notar que el punto culminante que éste señalaba como norte de la instrucción era el perfeccionamiento intelectual y moral del hombre.

Resulta novedoso todavía hoy, más de cien años después de emitidas, reproducir algunas de las ideas del audaz reformador.

“Confieso —escribía— que ningún defecto me ha parecido más chocante en la instrucción actual en los colegios, que el que proviene de ciertas preocupaciones respecto de la utilidad del estudio, y del objeto que se ha de proponer en esta instrucción”. Y después de algunas reflexiones sobre las nuevas ciencias, semejantes a las que transcribimos hace un momento, agregaba: “Un joven debe tomar amor al estudio por la noble ambición de desarrollar sus facultades intelectuales, de elevar su carácter moral. Si desde temprano se infunden en su tierno corazón y en su imaginación viva, miras materiales de interés y de egoísmo, se comprime muy pronto y se ahoga su talento; se apagan sus aspiraciones intelectuales y de balde se espera de él que prosiga sus estudios y se perfeccione, luego que empiece a ganar plata”.

Sus palabras sencillas y emocionantes, en su ingenua honradez, mantienen su actualidad y hoy necesitamos mantener como enseña su espiritual actitud de hace más de un siglo.

Mientras tanto, el inquieto don Ignacio continuaba sus estudios geológicos e incursionaba por casi todos los campos de la cultura nacional. En una oportunidad proponía la creación de una Academia de Artes Literarias, Música y Pintura; más tarde, de vuelta de una visita al territorio indígena, escribía su magnífica obra “Arauco y sus habitantes”, demostración de su amplísima personalidad mezcla de sensibilidad poética y de devoción científica; y así cada día sorprendía a sus amigos y colegas con una nueva curiosidad o un nuevo problema incorporado a sus preocupaciones.

De una carta dirigida a su siempre amigo el General Aldunate, vamos a reproducir algunos notables párrafos que iluminan la multiforme personalidad del que fuera laborioso y brillante Secretario de nuestra Facultad.

“Al escribir esta memoria, mi ánimo fué, le confesaré mi Ge-

neral, el de inspirar a la juventud chilena un cierto deseo de viajar por el interior de Chile, con el intento de conocer su país, como también el de invitar a esta juventud a que buscarse inspiraciones en la bella naturaleza de Chile, en la vida social de sus habitantes, en la hermosa realidad del medio en que vive, en fin, en lo pasado y en el porvenir de su patria, y no en los misterios de París y Londres que tanto la distraen. Creo que más fácil sería encontrar en la capital de la República a un aficionado a la lectura que conozca bien los suburbios de S. Denis, S. Martin, S. Germain de París, que a un chileno que haya visitado las partes más hermosas y más lucrativas de Chile. Yo quisiera más bien encontrar en mis correrías a un estusiasta hijo del Mapocho en medio de los áridos quiscos de Atacama, con todo el ardor del sol del verano, o bien en las extensas playas de Arauco, en una tempestad furiosa, que ver a un pálido, pensativo y melancólico joven con su Judío Errante en la mano, tendido en un magnífico sofá en Santiago, soñando con los parajes que sólo los novelistas habrán visto. Más provechoso tal vez resultaría de' que aquel hijo entusiasta por su país, a la vuelta de sus viajes, nos dijese en un estilo claro y sencillo, aunque todavía más incorrecto que el mío, lo que habrá visto en sus excursiones, que lo que resulta de muchos escritores correctos, pero secos y desabridos, amoldados en aquellas formas exóticas que nos vienen de afuera".

¿Podría un chileno, un hombre nacido en nuestra tierra, haber escrito páginas con más amor y más devoción a su patria? Es que Domeyko era ya chileno y, entendiéndolo así, el año 1848 el Presidente de la República don Manuel Bulnes y su Ministro de Instrucción don Camilo Vial, solicitaron del Congreso Nacional su nacionalización, dispensándolo de todos los trámites que prescribía la Constitución. Se le hacía así justicia y se le rendía merecido honor.

En su diario y ocupado vivir, siguen repitiéndose los pequeños pero magníficos hechos que van esculpiendo su recia estampa humana.

Habiendo vuelto dos de sus alumnos de un curso de perfeccionamiento en Europa, propone al Gobierno que los nombre para reemplazarlo en su cátedra de La Serena, y . . . naturalmente disponiendo para ello de su sueldo.

Mientras tanto el maestro había sido nombrado Secretario de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas en la reorganización de la Universidad, hecha por don Manuel Montt. Al aceptársele su proposición quedaba reducido a un modesto sueldo de \$ 600 al año, pero recibía, en cambio, el unánime homenaje de adhesión de todo lo más representativo de la provincia de Coquimbo y el reconocimiento del Gobierno que, como una parcial compensación por sus desvelos y sus viajes de investigación a lo largo del país, le acordó un pago extraordinario de \$ 2.000, acompañado de una conceptuosa nota.

Uno tras otro, diversos asuntos de interés público mantienen su infatigable actividad.

Estudio de las aguas potables para Santiago y de las obras necesarias; investigación sobre las aguas minerales del sur del país; análisis del problema del carbón. Y los planes de estudio para el Instituto Nacional presentados en su calidad de miembro del Consejo de la Universidad; y sus permanentes investigaciones y artículos publicados en revistas científicas extranjeras que demostraban su prodigiosa fertilidad.

Pero, no por cumplir su tarea diaria, dejaba de cultivar su espíritu en un sentido aún más alto, ni olvidaba el cuidado de su paz moral y de su salud física.

A las primeras horas de la mañana se enfrentaba con Dios durante algunos minutos de recogimiento que pasaba en el templo. Terminados sus áridos trabajos docentes, universitarios y de investigación, cuidaba al caer la tarde, las hermosas flores y seleccionadas especies vegetales de su querido jardín, estudiaba y escribía, y todavía, antes del bien ganado sueño, tenía tiempo para leer alternativamente en inglés, en francés, en alemán y en castellano, a Shakespeare, a Racine, a Goethe su gran favorito, a Lope y a Calderón.

Cuando en 1877 es nombrado Rector de la Universidad, tiene nuevamente oportunidad para mostrar su inalterable línea de pureza, su rectitud y sentido del deber.

Diez días después de obtenido el honroso cargo en el que reemplazaba a su también antecesor en la Facultad de Filosofía y Humanidades, don Andrés Bello, envía al Ministro de Instrucción una carta muy particular en la cual, entre otras cosas, dice:

“Solamente me permitiré US. decir que, por motivos que me son enteramente personales, y que estoy lejos de erigir en regla, no me parece propio de gozar a un tiempo del sueldo de Rector y del de Delegado universitario, recibiendo a más de ésto, sueldo por la cátedra de Química con los dos tercios de la clase de Física en la Sección universitaria del Instituto”.

Y propone que su sueldo de Delegado se emplee en mantener dos alumnos que el Gobierno debería mandar a Europa para prepararlos como profesores. Y hay que recordar que don Ignacio Domeyko era hombre pobre y que nunca quiso aceptar honorarios ni ofrecimientos que, en múltiples ocasiones, le hicieron, por sus servicios; empresas mineras, industriales y comerciales.

Complejo, pero apasionante, sería adentrarnos por los múltiples caminos, por los desconocidos senderos que su personalidad siempre inquieta transitó. Sabio curioso, en permanente acecho ante los misterios de la naturaleza; amigo leal, con sus manos en actitud siempre dadivosa; padre y maestro; poeta enamorado de la belleza que se oculta en todos los pequeños actos de la vida; escritor; hombre de corazón afectuoso; místico; devoto de los números y prendado de las abstracciones de la mente. Tantas fascetas, tantas antenas tendidas en busca de la realidad de la vida!

Por donde sigamos su huella vamos a encontrar lo que constituía su íntima realidad, lo que era su acicate y su fuerza: su envergadura espiritual; su fe en el alto destino del hombre; su desprecio por el oropel y la falsa riqueza; su modestia y su sumisión ante la grandeza inmanente de Dios.

En estos momentos de inquietud y desconcierto, en que el hombre, ensoberbecido por sus conquistas materiales, deja agostizarse su espíritu, resulta saludable y alentador mostrar a la juventud su magnífico ejemplo.

No es el rebaño impulsado por sus instintos; no es la satisfacción de los apetitos incontrolados; no es el dominio de la fuerza y de la materia los que marcan la ascensión del hombre hacia su perfeccionamiento. Son los pequeños hechos; el trabajo minucioso y repetido; la disciplina ante la derrota o el éxito los que, guiados por la luz de la inteligencia y por la secreta fuerza del espíritu, fijan el sentido ascendente de la trayectoria humana.

No son el acero y el cemento, ni los poderosos aviones a chorro,

ni la bomba atómica; no son las grandes realizaciones técnicas las que marcan el progreso. Todo ello, todo lo aparentemente grande y magnífico, nace de la callada fuerza de la inteligencia privilegiada, del parpadeo genial producido en el tranquilo y silencioso rincón donde el sabio urga, analiza o sueña. Todo el progreso, todo lo materialmente esplendoroso que está haciendo al hombre, equivocadamente, sentirse cercano a Dios y olvidarse del desconocido misterio que lo generó, son fruto de escogidas mentalidades, de reducido número de espíritus seleccionados que, como raíces en lo obscuro de la tierra, buscan y transforman con método, con esfuerzo y fe, los elementos para dar vida al gran árbol de la civilización que se eleva orgulloso hacia los cielos.

Entre estos seres de selección podemos señalar a don Ignacio Domeyko y destacar con orgullo cómo su vigorosa figura anímica se agiganta con los años y bate a la muerte.

Porque, cuando el hombre cumple su destino con honra y belleza, cuando camina por la vida con los brazos abiertos, la muerte no es capaz de detenerlo, ni su llegada señala el término de su acción. Por el contrario, permanecen sus obras, siguen sus palabras y su pensamiento fructificando y ayudándonos en nuestra diaria labor, con más eficacia, con más realidad y brío tal vez, que nuestros propios esfuerzos.

El reconocimiento de lo que don Ignacio Domeyko sigue creando, impulsando y orientando todavía, es el más alto y efectivo homenaje que podemos ofrecerle; es el reconocimiento de que su rica personalidad vive aún entre nosotros!